

## LA UNIVERSIDAD DEL SIGLO XXI HACIA UN NUEVO CONTRATO SOCIAL

JORGE GRUNBERG\*

En forma más o menos explícita todos los grupos políticos y sociales aceptan que en el siglo XXI tenemos, como nación, que competir en un nuevo tipo de economía global en la que la tecnología y el conocimiento son los principales factores de riqueza y competitividad.

En este nuevo entorno político y económico el rol de las universidades será aun más crucial de lo que ha sido históricamente. Para Hegel, la importancia de la universidad en la civilización occidental deriva de la decisión de vivir sobre la base de su inteligencia, por oposición a otras civilizaciones que eligieron —y aún hoy eligen— vivir sobre la base de la fuerza, el misticismo o la fe. Según Ortega y Gasset, la universidad representa el saber instituido en poder social como límite a la autoridad emanada de la fe o de los regentes más o menos legítimos según las épocas.

Históricamente, la universidad fue una de las instituciones sociales que ayudaron a consolidar al individuo como pilar de una sociedad basada en la libertad y la razón. Más recientemente, aparecieron fenómenos como los fundamentalismos religiosos o ideológicos que condicionan y restringen la libertad del individuo y cuestionan la razón como base para la convivencia. Lamentablemente, en muchos casos (como en la Alemania nazi por ejemplo) las propias universidades se transformaron en testigos pasivos o incluso reproductores de estos fundamentalismos en lugar de cumplir su rol histórico de crítica racional y científica.

**UN NUEVO CONTRATO SOCIAL.** Históricamente, la universidad latinoamericana enfatizó como misión la formación de profesionales y de elites políticas y culturales. En el siglo XIX este rol fue importante para países nuevos y en formación, pero el rol de las universidades será distinto en el siglo XXI. Las universidades tendrán que proveer el tejido conjuntivo capaz de unir las fuentes de generación de conocimiento con los nuevos trabajos, con las nuevas formas de producción y con los cambiantes parámetros de un mundo cultural globalizado en el que será más difícil para cada sociedad mantener su propia identidad.

Esta gran responsabilidad implica que las universidades debemos formular un nuevo contrato social para el siglo XXI que represente nuestro compromiso con las sociedades que servimos y el aporte que debemos cumplir en la nueva "sociedad del conocimiento". Las universidades que reciben fondos del Estado tendrán que rendir cuentas por el grado de eficiencia e integridad en el uso de esos recursos aportados por toda la comunidad. Las universidades que no reciben fondos del Estado, pero que reciben una autorización para expedir títulos que les otorga una gran influencia en la vida de los ciudadanos, por esa potestad también deberán rendir cuentas de su

capacidad para realizar el aporte vital a los nuevos modelos productivos basados en el conocimiento y la tecnología.

Muchas veces las universidades nos refugiamos detrás de la libertad de cátedra y de la autonomía para no dar cuentas de lo que hacemos con los recursos que nos confieren. Pero debemos asegurar que nuestra misión es sintónica con los objetivos de las sociedades a las que servimos. Los ciudadanos tienen el derecho de exigir a sus universidades el cumplimiento de "buenas prácticas educativas". ¿Qué potencial tenemos para hacer daño al ambiente, a la salud, al urbanismo, al diseño de nuestras ciudades y a la calidad de vida de los ciudadanos, si nuestra docencia e investigación no cuentan con la calidad necesaria?

Las sociedades tienen derecho a exigir de sus universidades la colaboración y la cooperación. La sociedad debe penalizar la exclusión y desalentar el refugio detrás de ideas y prejuicios que ya no representan las necesidades de la población. Debemos terminar con los debates irrelevantes e iniciar de inmediato la búsqueda de estrategias factibles para encarar los reales desafíos de nuestro país. Es decir, cómo alcanzar con los niveles posibles de inversión pública y privada de la sociedad, los objetivos necesarios para el país en materia de calidad de producción científica, de calidad de enseñanza y de equidad en el acceso al sistema universitario.

El diálogo entre universidades grandes y chicas, públicas y privadas, antiguas y nuevas es practicable y necesario. En el ámbito nacional debemos dar un nuevo paso adelante, cerrar una etapa histórica de ideas y de acción caracterizada por la exclusión y muchas veces por la confrontación e inaugurar una nueva etapa de inclusión y cooperación. Debemos aunar esfuerzos para dar cabida en el sistema universitario a todos esos jóvenes inteligentes y ambiciosos que por todo el país reclaman los beneficios de una educación universitaria moderna y dinámica.

**REDEFINICIÓN DE SU COMPETENCIA.** Históricamente las universidades no han enfrentado grandes competencias internacionales. Pero actualmente las tecnologías de la información y la comunicación permiten a las universidades brindar sus servicios sin barreras de tiempo ni fronteras. Las implicancias de esta "globalización del conocimiento" son importantes. Uno puede imaginar un siglo XXI en el que algunas "superuniversidades" predominen a través de marcas globales y omnipresentes redes electrónicas, llegando a espacios educativos carentes de diversidad, imposibilitados de afirmar las peculiaridades culturales de cada comunidad. No es posible escapar de esta "globalización del conocimiento" con barreras legales ni medidas políticas, ya que el conocimiento fluye mucho más libremente, especialmente entre demo-

cracias, que los bienes o servicios cuya libre circulación fuera restringida en generaciones anteriores en busca de un mítico "desarrollo hacia adentro". Para enfrentar esta nueva forma de "colonización cultural" necesitamos universidades innovadoras, flexibles, que entiendan la tecnología y la utilicen a su favor y en beneficio del país.

Además de las nuevas tecnologías de la información, la competencia universitaria está siendo redefinida por la estandarización internacional de tareas y la emergencia del inglés como *linguae francae*. Nunca antes en la historia del ser humano las destrezas laborales fueron tan trasladables en una verdadera "globalización de las competencias". Un ejecutivo de cuentas publicitarias, un programador de computadoras, un operador financiero, un diseñador gráfico, un productor audiovisual, un técnico en clonación o un productor audiovisual tienen parámetros culturales y ocupacionales muy parecidos en Singapur, en Nueva York y en Montevideo, y en muchos casos incluso se desempeñan en el mismo idioma (inglés) y con las mismas herramientas (Internet, Office, Excel). Esto hace que sea todavía más fácil que universidades de un cierto sector del globo provean formación y actualización profesional en otros.

Los procesos de integración regional son otros factores importantes de redefinición de la actividad universitaria. En general, los procesos de integración han sido pensados particularmente en sus aspectos económicos y políticos, pero quizás algunas de las consecuencias más importantes a largo plazo sean las educativas y culturales. A través de estos acuerdos, las certificaciones profesionales y las regulaciones para el ejercicio de las profesiones —tradicionalmente materia de jurisdicción nacional— se vuelven de jurisdicción supranacional creando desafíos nuevos par las universidades y las asociaciones profesionales.

Adicionalmente, las universidades compiten con el mundo corporativo. En el ámbito mundial decenas de grandes corporaciones ya han establecido sus propias "universidades" porque no están conformes con los graduados que contratan. Esto significa que una de las funciones de la universidad, la formación de profesionales, empieza a verse invadida por un nuevo competidor, poderoso por sus recursos materiales y por su conocimiento de las habilidades necesarias para el desempeño laboral. Un segmento creciente de esta nueva competencia son las certificaciones profesionales ofrecidas por los propios proveedores tecnológicos o asociaciones de usuarios o proveedores.

A más largo plazo, las universidades también debemos considerar una competencia todavía difícil de medir: el autoestudio. Conocimiento del tipo más variado empieza a estar disponible electrónicamente en todos los puntos del planeta. Es decir que en ciertos niveles y estadios de la

formación, la capacidad del individuo para autoformarse será mucho mayor que la actual, diluyendo la posición de la universidad como proveedor integrado de conocimiento. Para que una persona siga concurrendo a una universidad que le exige una inversión cada vez mayor en dinero y en tiempo, ésta le debe ofrecer algo más valioso que el autoestudio, utilizando materiales disponibles electrónicamente.

**LA UNIVERSIDAD Y EL CAMBIO LABORAL.** En la sociedad del conocimiento el valor de la educación universitaria para el ciudadano es cada vez mayor. Según la Organización Internacional del Trabajo, en los últimos veinte años los sueldos de personas sin un título de educación secundaria disminuyeron un 50 por ciento. Los sueldos de personas que sólo tienen un certificado de educación secundaria disminuyeron un 15 por ciento. Las personas con título universitario no vieron su sueldo reducido y los que tienen un posgrado lo vieron aumentado en un 15 por ciento.

Según Robert Reich, economista de Harvard y ex ministro de trabajo de Estados Unidos, las nuevas ocupaciones requieren formas de clasificación. Ofrece una taxonomía que divide los trabajos en servicios rutinarios de producción (obreritos manuales y todos los que trabajan en servicios preprogramados); servicios personales (los que giran alrededor de la atención personalizada, por ejemplo la industria turística) y los servicios simbólico-analíticos, o sea todos los que trabajan con símbolos, como programadores de computadoras, trabajadores de audiovisual, artistas, operadores financieros, abogados y diseñadores. Estos últimos, alrededor del 25 por ciento de los puestos de trabajo creados en los últimos diez años en Estados Unidos, son los únicos que han aumentado sus ingresos.

El ajuste a estos tipos de trabajos que serán los mejor pagados y de mayor crecimiento en la sociedad del conocimiento, debe ser uno de los objetivos del sistema educativo. La educación actual fue diseñada en sus métodos y contenidos para formar personas que ejecutan tareas programadas, pero vivimos en un mundo en el que las tareas más valorizadas son las que dependen de la creatividad y de la aplicación de conocimiento nuevo. Esto ocurre en todos los niveles del sistema educativo, pero preocupa al universitario en particular porque es el que está más cerca de la generación de puestos de trabajo.

Tenemos por delante una sociedad donde la gente deseará o deberá retornar a la universidad varias veces a lo largo de su vida profesional. El que era vendedor de seguros puede querer ser arquitecto de interiores, quien era arquitecto puede querer ser pintor, el pintor deseará gerenciar un hotel, el que gerenciaba un hotel va a querer ser novelista. Y todas esas personas que por decisión

propia o por necesidad deban cambiar su vida laboral, regresarán a las universidades y les pedirán respuestas.

Las universidades de hoy, con su estructura física y su organización académica, no están preparadas para recibir cantidades importantes de personas de diversas edades, de diferentes culturas que hablen distintos idiomas. Las universidades todavía están pensadas para un público homogéneo de 18 a 24 años. Pero ésa no es la realidad que tenemos por delante. Debemos ofrecer respuestas a los que viven lejos, a los que no pueden desplazarse por discapacidades físicas, a los que tienen estilos de aprendizaje distintos. Una sociedad pequeña como la uruguaya, aunque esto es válido para todas, no puede hacer depender su desarrollo intelectual únicamente de los que tienen de 18 a 24 años y vienen del quintil superior socioeconómico de la población. Tenemos que diseñar un sistema universitario más inclusivo en edad, en distancia geográfica, en estilo cultural, en modos de aprendizaje y en el tiempo que la gente puede dedicar a la educación.

**COOPERACIÓN Y COLABORACIÓN.** En el siglo XXI los países serán tan prósperos como dinámicos e innovadores sean sus sistemas universitarios. Uruguay es un país muy pequeño como para tener universidades de nivel mundial o incluso regional. Es más, Latinoamérica carece de universidades de categoría mundial. El ranking de "Las 200 mejores universidades del mundo 2006" del *London Times*, incluye sólo una universidad latinoamericana, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). La Universidad de San Pablo, que el año pasado estaba entre las mejores 200, ya no aparece este año. Sin embargo, podemos aspirar a tener sistemas universitarios calificados basados en nuevas formas de colaboración, trabajando en redes, compartiendo recursos y buscando sinergias.

El Banco Mundial y la UNESCO han promovido propuestas políticas sobre el futuro de la universidad. Mucha gente ha querido leer en estas dos fuentes visiones contrapuestas y excluyentes. Yo prefiero resaltar sus puntos de coincidencia y uno de ellos es la necesidad de diferenciación institucional que ambas instituciones recomiendan. Las universidades no son ni deben ser todas iguales. Según el tipo de misión que elijan, cambiarán sus formas. Las sociedades latinoamericanas no necesitan, ni pueden, aspirar a generar colecciones de émulos mediocres de Oxford o Harvard. Tenemos que encontrar nuestra propia forma de creación universitaria, nuestro particular modo de cooperación entre universidades latinoamericanas, de manera que podamos ofrecer a nuestras sociedades una mejor promesa para el siglo XXI. ■

\* PhD, rector de la Universidad ORT Uruguay.